

—No sé lo que quieres decir,—replicó Baruch mal humorado.

—¡Cómo sabes fingir! Me refiero á la hija del médico. ¿Cómo se llama? ¡Ah! Olimpia Van den Eude. Dicen que es tan sábia que habla siete lenguas. Cuando esa gente crea que te ha conquistado, haz lo que Sanson: creo que me entiendes.

—¡Qué lástima!—replicó Baruch,—debías haber dejado para tu sermón de mañana esta aplicación de la historia de Sanson á la controversia religiosa.

Creció su antipatía á Chisdaï al oír que profanaba el nombre de Olimpia pronunciándole. El sábado siguiente pronunció su primer sermón Chisdaï, que hizo fiasco.

—No me desagradaban ántes,—dijo á Baruch su padre al salir de la sinagoga,—las deferencias de Chisdaï á tu hermana Miriam; pero veo que á ésta no le agrada, y además que no será lo que prometía: de modo que si no he de tener la dicha de casar á mi hija con un sabio célebre, prefiero que se case con Samuel Casseres.

Baruch aprobó su decisión.

—Va siendo hora,—continuó su padre,—de que tú también te hagas oír; quisiera verte delante del altar ántes de morir.

Baruch no contestó; parecía estar dominado por un vértigo.

—¿Por qué estás pensativo?—replicó su padre.

—Estoy enfermo,—dijo por último;—padezco violentas palpitaciones; ya sabes que hace tiempo he arrojado sangre.

—¡Bah! pretextos. He hablado ya con Aboab, y si nuestro médico Silva no te lo prohíbe, te permi-